

2º después de Navidad

La Homilía S. Martínez Rubio

Palabra de Dios:
(Jn.1,1-18)

Profundizando en el misterio de Navidad

Seguimos contemplando el misterio de la Encarnación. Estos días hemos contemplado el Nacimiento de Jesús, fijándonos, sobre todo, en los detalles históricos en que se desarrolló. Hoy, el texto de san Juan, nos invita a mirar en profundidad y contemplar en hondura el misterio y su significado.

La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros

El Evangelio nos dice que *“la Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros.”* Es el misterio central, la Encarnación salvadora del Hijo de Dios que estamos celebrando. No se nos olvide en medio de fiestas, belenes y regalos.



**Vino a su casa,
y los suyos no le recibieron**

Los suyos no le recibieron (Jn 1, 11)

Pero, *«Los suyos no le recibieron»*; Creo que esta frase no es algo del pasado; y entiendo que va más allá de la falta de acogida a Jesús en las posadas de Belén. Tampoco se agota en una llamada a la obligación moral a acoger a los sin-techo de la tierra, aunque lo incluya. Esta frase apunta y afecta a algo más profundo, a la causa fundamental de que de muchos en la tierra estén sin cobijo: nuestra soberbia que cierra las puertas a Dios y, de esa manera, también a los demás.

Demasiado orgullosos para recibir a Dios.

El orgullo nos cierra, nos aísla, nos encorva sobre nosotros mismos y desde ahí no se ve a Dios, no se escucha el canto de los ángeles, no se divisa la estrella. Desde ahí uno está incapacitado para asomarse a los portales de la vida donde Dios se presenta, para comerlo en el pan y el vino de la Eucaristía, para encontrarlo donde el anduvo y dijo que quedaba.

Y nosotros, los suyos ¿le estamos recibiendo?

Los suyos no le recibieron. ¿le recibimos nosotros? ¿Lo recibimos en la Eucaristía dominical donde viene a nosotros, y nos ofrece su perdón, donde en contacto vivificador con la Comunidad, agradecemos sus dones y imploramos su luz y fuerza para afrontar el camino de cada día,

donde alabamos, agradecemos, imploramos? ¿No hay cristianos que dicen que “*no hace falta ir a misa para ser cristiano*,” “*que la misa es aburrida*”, “*que voy cuando de verdad lo siento*”... ¿lo estamos recibiendo?

Es cierto que Jesús es admirado, pero más allá de la admiración ¿lo recibimos como criterio fundamental de nuestro vivir y nuestro morir?, ¿Lo imitamos? ¿lo seguimos cuando dice:

—*Ama a tu enemigo*. O decimos: Bueno, yo perdono pero no olvido

—*Si te abofetean, pon la otra mejilla* O alegamos. ¿Y la dignidad y la justicia?

—*Si te piden la capa, da también el manto*. O protestamos: Toda exageración es mala.

—*Toma tu cruz y sígueme*. O nos excusamos: No hay que ser masoquistas.

—*Dalo todo a los pobres*. O preguntamos: Pero ¿Quiénes son los pobres?

A veces tenemos interpretación para todo, corregimos todo, acogemos la imagen que nosotros tenemos. Somos de los suyos y le admiramos, pero se necesita acogerlo como es: el hijo del carpintero, hombre como nosotros; Hijo de Dios, pero no milagrero; bondadoso y comprensivo, pero exigente; perseguido por decir la verdad. Caminando delante con su cruz para que le sigamos, cada uno, con la incomprensible cruz de nuestra vida. Presente en su Iglesia, en esta Iglesia, la que existe, no la que cada uno soñamos, presente en los sacramentos y en los pobres?

Pues eso... que lo de vino a los suyos y no le recibieron no es solo algo del pasado...

Pero a cuantos la recibieron, les da poder para ser hijos de Dios, si creen en su nombre.

Hijos, no esclavos, hijos del Padre Dios que andan como hermanos por la vida, que viven en la casa de su amor. Que no andan sin cobijo, sin amparo, sin norte, porque ni siquiera la muerte les cierra el horizonte, Hijos queridos por el Padre aún sin merecerlo... hijos y por tanto hermanos, en familia.

La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros. Nos va mucho en acogerla.